

**Catemaco, Ver.
10-14 de Septiembre 2012**

Teología de la salud

Pbro. Silvio Marinelli

1. EL SILENCIO DE LA TEOLOGÍA

La Teología siempre ha mostrado una gran sensibilidad hacia la experiencia humana de la enfermedad, en la que ha vislumbrado un espacio de fidelidad al mandato evangélico y una fuente de interrogantes a los que se siente llamada a responder (cf GS 10; SD 9).

La salud, en cambio, no se ha contemplado hasta tiempos recientes como un *problema teológico*, y mucho menos como un lugar teológico esencial en la misma medida que la enfermedad y el sufrimiento. Resulta elocuente el silencio de los teólogos respecto a la salud.

Razones

Contemplada como ausencia de lesiones o disfunciones y como “**silencio del cuerpo**”, la salud aparece siempre referida a la enfermedad. No es ajeno a esta concepción el **modelo médico** que reduce la salud a la dimensión biológica, descuidando la dimensión biográfica de la persona.

Y así, la «eliminación del sujeto» de la medicina (V. Weiszacker) y la exclusión de la persona del ámbito de la salud anulaban por completo el interés del discurso teológico.

Una larga tradición espiritual había puesto el acento en la unión del *alma* con Dios, mientras que el resto de las dimensiones del ser humano resultaba marginado o quedaba subordinado a esta visión: el cuerpo y todo lo que en él sucede era ignorado. Por ello, también la salud se consideraba un elemento peligroso para la obtención de la meta última del hombre.

La pastoral subrayaba, sobre todo,
la espiritualidad de la aceptación
incluso gozosa del sufrimiento, así
como el acompañamiento
sacramental del enfermo y del
moribundo.

2. DE LA TEOLOGÍA TERAPÉUTICA A LA TEOLOGÍA DE LA SALUD

En los años sesenta del siglo XX, fue la reflexión bíblica la que espoleó a los teólogos y pastores a abrirse a un nuevo enfoque: recuperar la comprensión terapéutica del misterio de la salvación y su traducción en la acción evangelizadora, tal como estaba fuertemente presente en la catequesis y en la liturgia de los primeros siglos.

La reflexión teológica, estimulada por las nuevas concepciones de salud y frente a la progresiva incidencia en la vida humana de nuevas enfermedades relacionadas con el estilo de vida, se preguntaba si existía aún espacio para las virtudes sanadoras del Evangelio.

El interrogante tenía también presente la dificultad de unir el anuncio de la salvación y el servicio a la salud como dimensiones de un único mandato, como había hecho el Maestro.

La llamada “Teología terapéutica”
encuentra sus raíces en los grupos y
movimientos vinculados de alguna
manera con la *Renovación del*
Espíritu y en las modernas
“religiones de curación”.

La Renovación pone sus fundamentos bíblicos en el mandato evangélico de curar a los enfermos, en la promesa de realizar signos terapéuticos ligados a la adhesión a Cristo, en la fuerza del Espíritu comunicada a través de los “dones de curación”.

En las “liturgias de curaciones” la virtud sanadora de la fe/confianza no excluye la curación física, pero el punto de mira se pone, sobre todo, en la curación interior.

Ciertamente, no se puede afirmar
que la salud del cuerpo y de la
mente dependa de la vida religiosa
del sujeto, sin embargo, el
movimiento de reflexión, de oración y
de pastoral contribuye a reinterpretar
el misterio de la salvación en una
clave nueva: recuperar la dimensión
saludable del Evangelio

¿Cómo evitar el riesgo de psicologizar la salvación, por un lado, y de sacralizar la salud, por otro, sin ignorar que ambas están íntimamente conectadas?

En este proceso de reflexión e investigación, la **aparición de la Teología de la salud** ha significado un paso adelante.

Esta disciplina se coloca en una perspectiva más amplia.

Su atención se dirige precisamente a la salud, contemplada dentro del designio salvífico de Dios con respecto al hombre.

Por tanto, **no se circunscribe solo a la terapia/curación** de todo aquello que es patológico en el hombre y en la sociedad, sino que **extiende sus horizontes también a la promoción de un nuevo modo de vivir.**

Esta visión conduce casi espontáneamente a **profundizar en el conocimiento del modelo y del diseño de salud que se oculta tras las acciones terapéuticas de Cristo**, las cuales beneficiaron directamente a los enfermos de su tiempo, pero tenían como objetivo también a los sanos y a la totalidad del tejido social de entonces.

La Teología de la salud no toma en consideración únicamente la actividad terapéutica de Cristo, que se prolonga en la comunidad eclesial con la fuerza del Espíritu; también tiene en cuenta los distintos momentos del misterio de Cristo, a partir de la **Encarnación**, leídos en clave de salud.

Desde esta perspectiva, la salud se inserta plenamente en el misterio de la Iglesia, sacramento universal de salvación.

A partir de la fe pensada y vivida, es tarea de la Teología de la salud reflexionar sobre la salud entendida como experiencia antropológica fundamental y anhelo de todos.

En un dialogo interdisciplinar, la Teología de la salud profundiza la actualidad del “signo-salud”, aleja el riesgo de una visión utilitarista de la religión (riesgo que ciertas teologías terapéuticas no logran superar), y descubre el lugar de la Iglesia dentro de una gran alianza terapéutica a favor de la salud integral del hombre y de la humanidad.

3. RAÍCES ANTROPOLÓGICAS DE LA SALUD

Aquello que hace humana la salud e «interesante» desde un punto de vista teológico, no es su componente biológico, *dado o impuesto* por la naturaleza, sino su **dimensión biográfica**. Es decir, la salud se hace humana en cuanto asumida (también en su aspecto biológico) por la conciencia, se convierte en objeto de decisiones (los valores). Se trata de la **salud de la persona**.

Salud remite a un sentido de **integridad**, **totalidad**, **plenitud** y **realización** del hombre.

La salud de la *persona* es antes todo **una experiencia compleja**, el resultado de percepciones (“sentirse” bien en el propio cuerpo) y también de interpretaciones y valoraciones, en estrecha relación con un mosaico de factores culturales, socioeconómicos, religiosos.

La salud es un *ideal social*. Las personas comparten el deseo de vivir en plenitud, el anhelo de superar todo lo que es fragmentario y precario.

En cuanto ideal la salud está en relación directa con la *libertad*. De hecho es una experiencia configurada por el propio proyecto de vida, por las decisiones y por la capacidad de encontrar sentido.

Esta óptica antropológica, que se abre camino también en la ciencia médica, ensancha los horizontes de la comprensión de la salud.

Esta abraza todas las dimensiones de la persona y no se confía a una sola disciplina o a especialidades incompletas, sino a una verdadera alianza que no excluye a ninguno.

La salud es una meta que alcanzar (y no solo que mantener),

una vocación que compartir con los otros,

un proceso, frágil a menudo, en diálogo con otras experiencias (la enfermedad, el sufrimiento, la felicidad...).

La Teología de la salud se pregunta: qué es el hombre en la salud y qué está llamado a ser.

La Teología de la salud comienza allí donde advierte que la experiencia-salud hace parte del designio de salvación de Dios para el hombre y la humanidad.

4. LA SALUD EN EL DESIGNIO DE DIOS

Esquemmatizando, podríamos decir que hay **dos caminos de comunión de Dios con el hombre y del acceso de éste a**

Dios:

la vía de la *indigencia*

la de la *plenitud*.

La teología bíblica y la reflexión teológica eclesial han privilegiado el camino de la «indigencia», la «pobreza existencial», la «necesidad».

Se ha puesto el **acento en la enfermedad** (y en el conjunto de experiencias y situaciones afines: lo «negativo») y, lógicamente, en la curación de la enfermedad y en la ayuda en otras situaciones difíciles, de apuro, de «insuficiencia» humana.

Se trata de **una visión parcial**.

Dios estaría presente – y se le invoca – cuando hay «necesidad» y no cuando todo sigue tranquilo: la salud, el bienestar, las relaciones positivas y placenteras parecen estar ausentes de la vivencia cristiana y la predicación.

Es oportuno «devolver» significado teológico a las experiencias «positivas»: la salud, el bienestar, el éxito.

El riesgo es una re-proposición acrítica de la teoría antiguo-testamentaria de la retribución: «Haz el bien y Dios te premia».

No se trata de caer en una perspectiva de un «éxito mundano» para quien sigue a Jesús (como afirma una cierta teología «terapéutica»).

Es oportuno desarrollar una correcta doctrina de la creación y de la «providencia» de Dios, es decir de su manera de intervenir en el mundo: muy a menudo se presenta como un «providencialismo» caprichoso e injusto.

La historia de salvación se realiza también en los «momentos buenos».

Por esta razón detrás de las curaciones y exorcismos realizados por Jesús (sin entrar en el mérito de su historicidad y de qué tipo de enfermedad se trataba) podemos vislumbrar la propuesta de un «modelo de vida y de salud». Lo que hace Jesús promueve una nueva calidad de existencia, hace posible una transformación verdadera del hombre.

La salud y un estilo de vida renovado
(según nuestra perspectiva podríamos
llamarlo un «estilo cristiano de vida») es la
meta (igual que podemos decir de la
gracia en relación con el pecado).

La Teología de la salud, por consiguiente, **contempla al Dios de la historia que se reveló y se hizo accesible** por la vía de la indigencia, pero también **por la vía de la plenitud.**

La imagen bíblica del barro representa la pobreza del recipiente; recuerda la realidad del hombre necesitado de vida, envuelto en fragilidad, incapaz de salvarse por sí solo, herido en su deseo de vivir y destinado a la muerte.

Pero el hombre es igualmente soplo divino, llamada a la plenitud, tensión hacia el infinito, nostalgia de aquello que aún no es; por eso, tiene el valor de enfrentarse al sufrimiento, a las relaciones de violencia y de egoísmo, a la enfermedad y la muerte.

Ambos símbolos (barro y soplo divino) representan dos dimensiones antropológicas fundamentales.

La enfermedad no es sólo un dato de la naturaleza, como en el reino animal.

Es, sobre todo, una experiencia biográfica profundamente ligada a la persona, a su identidad, a su comportamiento religioso, a la fidelidad a la Alianza y a la comunión con Dios.

La salud es simultáneamente fragilidad y don, límite y posibilidad, don de Dios y responsabilidad del hombre.

El interés de Dios hacia el hombre no tiene como finalidad primordial intervenir en la naturaleza, suspendiendo para ello sus leyes (concepto ajeno a la mentalidad bíblica) y usurpando el espacio de los recursos naturales de la salud. Su intención es mucho más profunda: se trata de suscitar nuevas experiencias saludables, que incidan en la biografía, en los comportamientos y generen nuevos mecanismos de vida.

Todo es conducido con una pedagogía admirable: Dios, en Cristo de forma especial, muestra una sensibilidad particular hacia todo cuanto sucede en el hombre, sobre todo aquello que obstaculiza su camino hacia la plenitud (los límites, las “pasividades”, las injusticias). Por eso, su salvación se hace historia, se encarna en el cuerpo humano y social, y se ofrece en forma también de salud física.

Al mismo tiempo la salud no puede ser sacralizada ni tiene un carácter absoluto.

Las experiencias saludables, de hecho, son compatibles con las enfermedades y con los límites del ser humano. El hombre curado es aquel que se reconcilia con su propia muerte; **el ideal del hombre sano consiste en «dar su propia vida».**

5. MODELO CRISTOLÓGICO DE SALUD

Podemos ahora comprender mejor el núcleo del «plan divino» respecto a la salud.

En la Encarnación se hace carne la implicación de Dios en la historia y en la biografía humana, abarcando al hombre entero y elevándolo a la más alta dignidad: en Cristo, ese mismo hombre se convierte en el símbolo de una nueva humanidad: la encarnación constituye el inicio de una pedagogía y de una acción «saludable».

Descendiendo de su posición de «comodidad», Cristo viene ante todo a **enseñarnos a ser hombres y a serlo en profundidad**: se trata de un nuevo realismo que reconcilia con los límites, porque el hombre es sólo hombre. Un realismo que es preciso aprender, dejándose diagnosticar, educar y curar de la falsa pretensión de ser dioses (cf Gen 3,5).

Descendiendo hasta nosotros, Cristo enseña también que el camino hacia la plenitud comienza desde abajo: se trata de una vía accesible a todo hombre, y en especial, a aquellos que habitan en ese nivel (los pobres, los enfermos, los pecadores), así como a todos aquellos que tienen el valor de reconocerse como tales.

Sin ignorar la ambigüedad connatural al ser humano, Cristo devuelve al hombre la dignidad perdida y “el entusiasmo de ser hombres” y, al mismo tiempo, siendo el gran símbolo de Dios, reúne lo disperso, elimina las distancias, unifica lo fragmentado, libera aquello que esta alienado.

Cristo, venido para que todos tengan vida en abundancia (cf Jn 10,10), **es salud de Dios para todos, y no solo para los enfermos**. Con su palabra, sus gestos y su persona **irradia salud**: «*de él salía una fuerza que sanaba a todos*» (cf Lc 6,19).

Jesús potencia lo mejor de cada uno, devuelve la dignidad perdida, ayuda a a convivir con el propio cuerpo y a ser señores del mismo, lucha contra los comportamientos patológicos, sana las relaciones interpersonales estableciendo una convivencia más solidaria, ofrece una visión positiva de la vida e señala que son la solidaridad y el amor el camino de la plenitud humana...

Cristo dio prioridad a los enfermos “oficiales” de su tiempo. Declara haber venido para ellos y se presenta como liberador y terapeuta, se identifica con ellos y afirma que sus discípulos tendrán idénticos sentimientos y conductas hacia ellos y cumplirán gestos iguales en su favor. Tal opción preferencial tiene un gran valor pedagógico.

Con extrema solidaridad y con pedagogía delicada actúa de **forma preferencial al servicio de los desahuciados**, representantes emblemáticos de la humanidad necesitada de salud integral y de salvación.

Jesus no es un curandero. Es el Salvador que realiza gestos terapéuticos como signos del Reino. El valor de los mismos no está en el prodigio como tal, ni queda ligado a la materialidad de los hechos. Se trata de un mensaje puesto en práctica.

Los signos terapéuticos de Jesús son **una prueba de la valoración positiva de todo lo que es humano**; una valoración que se afirma en contextos marcados por una gran conflictividad. Cristo no desprecia nada de cuanto acontece en el hombre. Él ofrece **una *nueva salud* y un nuevo proceso de vida** que se genera gracias a la curación.

Es una «propuesta» de salud, nunca una imposición. Va más allá de la curación física: interpela también la voluntad y la fe. **Cuando la propuesta se acepta, se transforma en cometido y responsabilidad.** La persona beneficiada está «sanada» porque, además de recuperar la vista o de caminar, es igualmente capaz de cambiar y comenzar una nueva vida, se reinserta en la comunidad, habita su cuerpo de un modo nuevo...

**La salud ofrecida a los enfermos es la
*misma salud ofrecida a todos.***

Así, la ceguera (cf Jn 9,1-40) no se cura
en profundidad hasta que no se rasgan
las tinieblas del corazón;

la parálisis no desaparece mientras que el
hombre se halla ligado a algún tipo de
esclavitud;

la transformación física es sólo el inicio de un cambio más profundo: es preciso

«*nacer de nuevo*»;

la liberación de las cadenas, del sufrimiento y del mal reclama la liberación del pecado y la reconciliación con Dios;

la incorporación del enfermo a la comunidad señala que es posible una liberación colectiva de aquellos factores patógenos y de las estructuras injustas que amordazan la misericordia.

La salud se sitúa en la perspectiva de la **salvación**, y adquiere su sentido más profundo en el *misterio de la Pascua*.
La nueva salud ofrecida a los sanos y a los enfermos no es magia, ni un producto suministrado desde fuera. Ante todo, **se identifica con aquel que es, al mismo tiempo, médico y medicina, terapeuta y salvador, hombre nuevo y símbolo de la humanidad recreada.**

El proceso de curación integral llega a su coronación en la Pascua.

La salud humana camina por el sendero que Cristo recorrió: la indigencia y la plenitud, la *kenosis* y la glorificación.

La salud que ofrece Cristo como don en un mundo enfermo le “cuesta” la enfermedad: su pasión por la vida lo conduce a la muerte.

Y es este también el itinerario de la salud humana: para crecer, algo debe morir; para curar a los demás es necesario compartir la propia vida; para vivir sanamente es preciso integrar en la existencia el sufrimiento y la muerte; para ser libres hay que dejarse liberar; para producir frutos es preciso dejarse sepultar...

El ideal del modelo cristológico de salud no radica en eliminar los sufrimientos y en hacer desaparecer toda enfermedad, sino en la posibilidad que le es concedida a cada hombre de transformar la experiencia para hacer nacer en cada uno una criatura nueva, viviendo, así, un proceso dinámico de *resurrección*. De aquí brota la nueva calidad de vida que anima a la comunidad del Resucitado bajo la fuerza del Espíritu.

6. LA SALUD CONFIADA A LA COMUNIDAD ECLESIAL

**¿Sigue siendo hoy día la salud un
signo del Reino?**

La reflexión teológica se interroga sobre la relación entre Evangelio y salud, entre comunidad del Resucitado y cultura y praxis de la salud.

La reflexión teológica acerca de la salud no pretende elaborar Teología de los milagros de curación, ni una nueva Teología de la salvación.

Su objeto es la *salud*, la cual, aun no siendo el “resultado” de un milagro, puede seguir siendo signo y también mediación de salvación y experiencia salvífica.

Podemos presentar dos directrices, sin desarrollarlas:

- 1. La salud confiada como don.**
- 2. La salud confiada como misión.**

7. CUESTIONES PENDIENTES

¿Con qué lenguaje teológico la Iglesia explica la experiencia de la salud? Más concretamente: **la salud como experiencia de fragilidad y plenitud, de limitaciones y posibilidades; la salud como experiencia de relación y apropiación de la corporeidad y, al mismo tiempo, de relación/alianza con los demás y con el mundo; la salud como experiencia de liberación y de plenitud, etc.**

La necesidad de profundizar el estudio de cada uno de los recursos saludables confiados a la comunidad eclesial, como, por ejemplo, los sacramentos.

Se perfila la relación entre salud y salvación, entre salud y santidad.

La reflexión teológica acerca de la salud contribuye a **fundamentar de un modo nuevo la acción de la Iglesia en el mundo de la salud**, recortando cada vez más el desfase entre ciencia médica y evangelización, y redescubriendo su **aportación específica a la alianza en pro de la salud.**

Por último queda la inquietud planteada ya por Pablo VI en la *Evangelii*

nuntiandi:

¿Que **eficacia tiene** en nuestros días la energía escondida de **la Buena Nueva**, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre? ¿Hasta dónde y cómo esta fuerza evangélica puede **transformar** verdaderamente **al hombre** de hoy? (EN 4).